



Vista del castillo de Provins.

SEGUNDA SERIE.—1863.

AÑO XXI. 12

la corona de Navarra, descuidando su mansión de Provins, comenzó esta á decaer, y los reyes de Francia, que sucedieron á los condes, no hicieron nada por una población que debía recomendar su industria y su comercio. Los ingleses la tomaron, y en 1433 la perdieron; Enrique IV la sitió y se apoderó de ella en 1590, y esta es la última vez que representa un papel militar. Sin embargo, su posición ha sido siempre fuerte, y el general Haso sentía en 1815 no haber tenido que defenderla contra el enemigo, que después de haber forzado el paso del Sena en Rugen, se dirigía sobre París por Nanges y Mormans.

Provins es la patria de varios personajes, entre ellos, tres santos. En el siglo I Lucenia, pobre hilandera de lana, acusada de impureza, tomó un carbon encendido y dijo: que me queme si soy culpable. La prueba salió bien, y la ciudad nombró patrona á esta vírgen tan confiada en su inocencia.

Un niño de Sabins, cerca de Provins, cogido por los paganos, prefirió el martirio á la abjuración, y decapitado, llevó en sus manos su cabeza como San Dionisio, y se llamó San Lié. En el siglo XII, Thibaut, pariente de los condes, en la víspera de recibir su espada de caballero, se escapó de la ciudad, fué á servir á un carbonero, después pasó á Italia é hizo numerosos milagros. Una iglesia, de que queda poca cosa, le fué dedicada en Provins y una fuente ha conservado su nombre. Es también la patria del célebre poeta moderno Egesipo Moreau, el cual murió en el hospital. Al visitar el campo de Provins, de brillante verdura, y cuyos sembrados de diversos colores, tendidos sobre las colinas, presenta el mas bello efecto, no puede uno menos de extasiarse ante aquel paisaje donde se ven las murallas orientales, solitarias, sumergido todo en el mayor silencio; al pie de esta muralla se estiende el cementerio, triste, sombrío, raramente visitado del sol: el aspecto es verdaderamente hermoso y austero. Serpentea por medio de él el río y se piensa en el Leteo de Virgilio, en aquel suave río infernal donde las almas bienaventuradas dejaban todos los recuerdos pasados, y rejuvenecidas y ligeras sacaban el deseo y la energía de una nueva vida. Encima del cementerio bailan los mozos y mozas los domingos en unos jardines colocados á la mitad de la cuesta. También se ve en lo alto la iglesia de Santa Cruz; varios muros se levantan y cortan el baluarte en su longitud en dos bellas calles, una al lado del río y otra al de la ciudad. También se ve allí y presenta un excelente golpe de vista la *Griega de las casetas*, casa baja del siglo XII, que tiene dos pisos y subterráneos sostenidos por bóvedas y pilares, cuyos chapiteles están decorados. Las cuatro torrecillas que flanquean su parte superior y lo espeso de las paredes (de doce pies), lo grande de las salas interiores, todo da idea de una de las fortalezas feudales que servían tanto de prisión y de espanto como de defensa. No se sabe á punto fijo la época de su construcción; pero el nombre de César no debe estar mezclado á su origen, aun cuando los naturales del país se le atribuyen á éste. Esta guerrera, esta carcelera, ha perdido su figura terrible, y hoy es una sacristía que toca la campana al arbitrio de la liturgia y á las horas del día. Esto es cuanto hay de notable en Provins.

DE LA SIMBOLICA MITOLOGICA

Y CON ESPECIALIDAD DE LA DE LAS FLORES.

Todo es simbólico en la naturaleza; todo tiene un sentido oculto y misterioso; todo tiene una significación alegórica; y el hombre, llevado en alas de su fantasía, lo viste de brillantes colores, ya dándole un aspecto terrible, ya liсонjero y halagüeño. Los truenos y los relámpagos son los rayos de Júpiter airado, y las nubes sirven de pedestal á ese gran Dios del antiguo Olimpo; Venus diosa de la belleza, sale en un día sereno y risueño de las olas espumosas del mar en una concha de oro, tirada por blancas palomas; las Náyades y los Tritones la acompañan; y en la playa, sembrada de lirios y rosas, la esperan las Gracias. Su amante es Marte, símbolo de los estruendos militares, y de la valentía, que arrostra con denuedo y sin temor todos los riesgos: el bello sexo rechaza á los cobardes, como dice Proudhon (1), cuya autoridad en estas materias vale mas que la de uno de los siete sabios de Grecia. Vulcan, que se queja de los galanteos de su esposa, es espulsado del celeste em-píreo; rueda por los aires; cae al suelo, y queda cojo para que sirva de triste ejemplo á los celosos imprudentes que, como nos ha dejado escrito Montesquieu, son perturbadores del órden público y de la felicidad agena (2). Si tiembla la tierra, es Neptuno que la conmueve con su tridente amenazador, porque este dios tolera de muy mal talante que, después de haber permitido á esas numerosas turbas de mercaderes, con generosidad y clemencia divinales, surcar las olas del tempestuoso Océano, vayan luego á perjudicar los intereses de los mortales, vendiéndoles á peso de oro lo que les ha costado una blanca ó poco mas. En fin, los antiguos dioses, á pesar de sus muchos defectillos, no dejaban de ser buena gente. Pero entre todos ellos, nadie inspiraba tanta alegría al humano linaje; nadie vestía á la naturaleza con tanta variedad de colores; nadie la engalanaba con tanto brillo y noble atavío, como Flora, diosa de los campos, ricos de doradas mieses, y de las praderas alfombradas de yerbas verdes, amapolas y florecillas encantadoras, que embalsaman los aires con sus efluvios olorosos. Enjambres de abejas, que revolotean en su derredor, liban de sus cálices miel suave, y la depositan en colmenas artificiosamente construidas.

Vertumno y Pomona, su esposa querida, presiden al otoño, precursor de las escarchas nevosas y de los hielos, símbolos entreambos de la vejez y del fin de la vida: las frutas del otoño son sabrosas, pero entristecen á los corazones sensibles, porque anuncian el invierno: las flores, por el contrario, son el símbolo de la juventud en su brillo y lozanía; y cuando brotan, é irguen la cabeza sobre su tallo tierno y flexible, son la imagen seductora de la vida en todo su candor y en toda su angelical inocencia.

Lo que hay en la naturaleza de mas puro, de mas suave, de mas esquisito, está simbolizado en las flores. Si se habla de una casta doncella, cuya vida modesta y ejemplar inspi-

(1) V. Su obra *De la paz y de la guerra*.

(2) *Cartas persianas*.

ra veneracion y respeto, se dice que sabe guardar *la flor de su inmaculada virginidad*: á un hombre de costumbres severas y conducta irreprochable se le da el epíteto lisonjero de *flor de honradex*. Si se habla de un vate, cuyos versos despiertan admiracion y entusiasmo, se le califica de *flor de poesia*; si se quiere ponderar el mérito de un orador, se dice que en sus arengas se encuentran las *flores mas escogidas de la verdadera elocuencia*.

Coronas de rosas, lirios y jazmines ciñen las sienes de las doncellas y de las Ninfas; coronas de mirto adornan la cabeza de los ciudadanos que se han distinguido por virtudes patrióticas; los ilustres capitanes, los héroes esforzados, los vates llevan coronas de inmarcesible laurel. Las flores, compañeras inseparables de la vida del hombre, engalanan la cuna del recién nacido; y otras flores de color oscuro, dan un aire doloroso y triste á los sepulcros, que encierran los despojos mortales de nuestros antepasados, bañándoles de suave melancolía, y mecidas por los céfiros, parecen recordar con sordo murmullo las virtudes de los ilustres difuntos, sus hazañas gloriosas, sus hechos mas memorables.

¡Ah! Las flores han suministrado siempre á los vates de todos los países y de todos los siglos, imágenes muy delicadas, como nos dan un claro testimonio de ello los cuatro lindísimo versos de Dante, cuya version castellana es esta:

Como las florecillas, oprimidas y cerradas por los hielos nocturnos, tan luego como el sol les dora, irguen la cabeza y se abren sobre su tallo, así mi espíritu fatigado cobró fuerza y valor (1).

En el lenguaje mas ordinario y comun, se dá el nombre voluptuoso de nuevo Eden, á los vergeles poblados de árboles frutales y sembrados de flores. En Italia se brinda con ramilletes y guirnalda á los desposados, y se regalan flores á las señoras en el día solemne de sus cumpleaños.

Cuando el infortunado Pedro Maroncelli, en la horrenda cárcel de Spielberg vió que el cirujano le fajaba la herida, despues de haberle privado de una pierna que amenazaba gangrena, fijó la vista en una flor contenida en un tiesto, colocado sobre una ventana, que despedía una luz tan opaca y triste como la misma prision; Maroncelli dijo á uno de los practicantes: «Traigame vd. esa flor.» obedecido al instante, la presentó al cirujano, y acompañó el don con las palabras aquí consignadas: «Doctor, esto únicamente puede ofrecerle á vd. un desterrado.» Una lágrima de compasion, que brotó de los ojos del cirujano, fué el mas elocuente testimonio de ternura y afecto, que consoló al pobre mutilado (2).

Dulces y amadas flores, producidas por la naturaleza en los momentos de apacible alegría y felicidad, cuando os contemplo, recreais mi vista, y el olor que exhala de su cáliz la rosa, vuestra reina, me embriaga de amor, y me trae á la

memoria estos versos delicados, que el insigne vate Juan María Maury hace pronunciar á una florista ciega:

Caballeros, aqui vendo rosas;
Frescas son y fragantes á fé;
Oigo mucho alabarlas de hermosas:
Eso yo, pobre ciega, no sé.
Para mi ni belleza ni gala
Tiene el mundo, ni luz ni color,
Mas la rosa del caliz exhala
Dulce un hálito, aroma de amor.
Ciérralo, cierra el cerco oloroso,
Tierna flor, y te duele de mi:
No en quitarme tasado reposo
Seas cándida cómplice así.
Me revelas el bien de quien ama;
Otra dicha negada á mi ser:
Debe el pecho apagar una llama,
Que no puede en los ojos arder.
Tú, que dicen la flor de las flores,
Sin igual en fragancia y matiz,
Tú la vida has vivido en amores,
Del favonio halagada feliz.
Caballeros, compradle á la ciega
Esa flor que podeis admirar;
Tuvo una que en llanto la riega,
Ojos ¡ay! para solo llorar.

Ni es menos delicada y voluptuosa esta pintura de las abejas, que revolotean en derredor de las flores, produccion de la pluma de oro del vate holandés, Juan Secundo, secretario íntimo del arzobispo de Toledo, en tiempo del emperador Carlos V. «Diligentes abejas ¿qué buscáis en el tomillo y la rosa? ¿por qué libais el nectar de la violeta en la primavera ó de la flor de aneto, que embalsama los campos?... Volad todas á los labios de mi casta doncella, allí encontrareis los perfumes de la rosa y del tomillo: encontrareis allí el jugo delicioso de la violeta y el olor suave del aneto, que se disipa á lo lejos por los aires. La sangre olorosa de Adonis convirtió en coral los lábios de mi doncella, empapados en las lágrimas de Narciso, y de esa sangre mezclada con las lágrimas de Venus, con ambrosía celeste y puro éter, brotaron las flores con toda la brillantez de sus colores (1).»

Las antiguas leyendas de la docta Grecia, esas leyendas voluptuosas que hermanan la mitología con la historia, nos refieren que las Musas y las Gracias ciñeron con guirnalda de jazmines y rosas las sienes del tierno y amoroso Anacreonte, y que habiendo recibido en don el viejo de Teyo cuatro talentos de Polícrates, tirano de Samos, los devolvió á su bienhechor, diciéndole, que le habian impedido dormir dos noches enteras: descargado de un peso tan molesto, celebró con mas deleite el amor, el vino y las rosas que alegran y recrean la vista.

La rosa es gala y honra de los prados:
Es la rosa tan bella,
Que es ojo del jardin, del llano estrella,
Regalo del olfato y de la mano,
Joya que mas estima primavera.
Es deleite del cielo, es de manera
La rosa, y es tan blanda su belleza,
Que enlaza amor con ella su cabeza,
Cuando en los coros de las Gracias danza
Una y otra mudanza.

(1) Quale i fioretti dal notturno gelo
Chinati e chiusi, poiche 'l Sol gl'imbiana
Si drizzan tutti aperti in loro stelo
Tal mi fec'io di mia virtute stanca

Dante: *Divina Comedia*, Inferno, c. 2.

(2) Mis prisiones, de Silvio Pellico.

(1) V. la obra de Juan Secundo, titulada: *Los Besos*. B. XIX.

¿Qué te detienes mas, padre Léo?
 Coroname premiando mi deseo
 Porque á tu templo asista
 Diestro cantor y alegre citarista,
 Y para que de rosas coronado
 Con mi señora al lado
 En los bailes alegres de mil modos
 Dé yo tambien mi vuelta como todos (1).

Los antiguos mitólogos, que representaban á la naturaleza bajo todas sus formas, creando dioses fantásticos y seductores, dieron á Júpiter los rayos y una corona de encina, ó de pámpanos de verde olivo, ó de laurel, ó de multitud de flores artificiosamente enlazadas; adornaron la cabeza de Diana con una corona de oro, y las de sus Ninfas con guirnal-das de flores; coronaron también á los ciervos, á los gamos y otros animales bravios, consagrados á esa diosa de los bosques; dieron á Ceres una corona de doradas espigas, y si es cierto lo que nos dice Pausanias, en su viage á Grecia, adornaba la cabeza de la estatua de Juno en Argos una corona, cuyas hojas eran todas de oro, y en cuyo cerco figuraban las Gracias y las Horas con pié ligero, triste imagen de la fugacidad del tiempo, que lo sepulta todo en el silencio y el olvido. ¡Ah, las flores y las coronas pueden recordar tambien con mudo lenguaje acontecimientos funestos y dolorosos! A orillas del Danubio vivían en una cabaña, asilo de inocencia y amor, una casta virgen y un jóven, que con ternura y delicado afecto la amaba: estaban próximos á unirse con los lazos del santo himenéo. Un día, al parecer sereno, se encapota muy de repente el cielo; una gran tempestad agita los aires; arrecian los vientos; agolpadas nubes descargan una destemplada lluvia de granizos; el Danubio sale de su cauce, y los dos amantes mueren ahogados en las aguas del alevoso río. Al cabo de un corto número de días brotó en aquellos parages una flor amarillenta y lánguida: los campesinos la llaman hoy *Flor de la triste reminiscencia*.

¿No suministraron las plantas y las flores, aun mas que los animales, argumentos suaves y patéticos para sus *Metamorfosis* al vate mas galán del antiguo Lacio? ¿Al desventurado Ovidio, á ese vate que podría pasearse aun hoy y recitar sus versos en las Tullerías, como nos ha dejado escrito con gracia y elegancia Andrés en su historia literaria? La fábula de Píramo y Tisbe en las *Metamorfosis*, y la sangre de estos dos infortunados amantes, que enrojece el suelo, y cambia las moras de blancas en negras ¿no es un trozo de poesía tierna y patética y una leyenda suave y lastimera, que commueve los corazones mas empedernidos y arranca lágrimas compasivas de los ojos de los verdaderos amantes? Narciso, que enamorado de sí mismo, muere víctima de un ardiente deseo que no puede satisfacer, como dijo, en uno de los arranques propios de su númen, el chistoso y satírico Píron, honor del parnaso francés ¿no es la alegoría mas perfecta de la vanidad de las desenfrenadas pasiones? Narciso, transformado en flor, exhala olores voluptuosos, que respiran amor y juventud.

En el *Asno de oro* de Apuleyo, apólogo muy famoso en los anales de la literatura romana, su héroe, convertido por sus indiscreciones en ese animal paciente y humilde ¿no reconquistó su verdadera y natural figura por la virtud mágica de las flores? Olfatea la rosa, la come y vuelve á ser hombre.

(1) Anacreonte, oda V.

En las primeras edades del mundo, que los vates llamaron siglo de oro, y que Cervantes describe con elegancia y simplicidad admirables en el discurso que el protagonista de su inmortal novela dirige á los sencillos cabreros; en esas edades, las tradiciones mas remotas nos confirman de consuno, que los patriarcas ofrecían al Ser Supremo, en testimonio de su mucha religiosidad, las primicias del campo: las ofrendas de yerbas, frutas y flores mas selectas, que entonces producía la tierra, precedieron á los sacrificios cruentos; y cuando estos comenzaron, las víctimas se llevaban siempre al templo coronadas de flores, que exhalaban esencias olorosas. La sangre de los animales sacrificados, que bañaba los altares; la nube cenicienta del incienso, que se quemaba en honor de los dioses; las flores, que adornaban la cabeza y los pies de las víctimas, daban un aire de augusta solemnidad á los sacrificios.

Pero al astro alumbrador de uno y otro hemisferio, á este astro, que brilla en el firmamento, debemos nosotros las flores que alombran los campos y recrean nuestra vista. Cuando el sol corre á su ocaso, la naturaleza se cubre de un negro manto, y los rayos argentíferos que despiden la luna, débil reflejo del astro alumbrador, nos inspiran mas bien suave y silenciosa tristeza que alegría. Sí, el sol y los demás cuerpos celestes cooperan á reanimar la naturaleza, como cantó el poeta Lucrecio:

«Venus fecunda, madre de la estirpe de Eneas, delicia de los hombres y de los dioses, tú que pueblas de seres vivientes las olas navegables del mar y las tierras fértiles, sometidas á los cuerpos celestes que recorren el espacio, tú comunicas á toda especie de animales aquella fuerza engendradora que les hace abrir los ojos á la luz del día: la tierra cuidadosa se te presenta revestida de flores, te sonríen las olas del mar, y el cielo sereno resplandece por do quiera de luz (1).»

Todos los mitólogos, los vates mas ilustres y los pueblos de la mas remota antigüedad, persuadidos de lo que acabamos de espresar, enlazaron sus mas hermosas alegorías sobre las flores con la historia fabulosa de algunos hechos notables, que se refieren al curso del sol y de los demás astros, y cuyos aniversarios celebraban, considerándolos como reales y verdaderos, aunque no eran mas que creaciones de su brillante fantasía; pero de todas estas galas de la antigua mitología hablaremos en otro artículo, refiriendo las mas brillantes alegorías, que hermanan la fuerza fecundante del astro alumbrador del día con la historia de las flores.

SALVADOR COSTANZO.

UNA EVASION MILAGROSA.

La Casa Amarilla ó penitenciaria de Baton-Rouge, en los Estados Unidos, forma exteriormente un inmenso cuadrilongo, cuyas paredes son altas hasta donde empieza el jardín, y muy bajas desde éste hasta llegar al bosque. Todos

(1) V. el principio del poema de Lucrecio *Sobre la naturaleza de las cosas*.

os días, á escepcion de los domingos, se oye desde el amanecer hasta ponerse el sol el regulado *fla-fla* de la máquina de vapor.

Antes de ir mas lejos, digamos primeramente á nuestros lectores, que la ciudad de Baton-Rouge está situada en las márgenes del Misissipi, en el Estado de la Luisiana y como á doscientos cuarenta kilómetros de Nueva-Orleans.

Entremos ahora en la penitenciaría por el *torno*, ó garita que da vuelta, como lo hacen todos los que la visitan. Esta especie de garita gira sobre sí misma, por medio de un mecanismo que interiormente hacen mover. He aquí la manera de entrar. El que va de visita se coloca en el torno y da un golpe; el mecanismo obra, y la garita que por la parte de afuera tenía su abertura de entrada, da vuelta hasta que la tiene por la parte de adentro, donde está el primer patio. Preséntase entonces el vigilante que ha hecho mover el mecanismo. Este vigilante, aunque sin uniforme, está armado con una pistola y con un baston de lanza, y con tan agasajador pertrecho recibe atentamente á los que entran. Este recibimiento no deja de producir cierta sensacion en las señoras, que por la primera vez visitan la Casa Amarilla. Despues de haber entrado en el primer patio, llaman á otro vigilante, para que guie á las visitas por medio del laberinto de salas, talleres, patios, aposentos, etc.

Primeramente, á la izquierda se encuentra la cordelería, inmenso salon donde trabajan como unos veinte detenidos. Despues de la cordelería sigue la herrería, mas abajo la fundicion y los talleres, donde el hierro pasa por todas las trasformaciones posibles. Todo esto se halla arreglado y dispuesto de un modo admirable. Durante el trabajo reina completo silencio. Solamente de vez en cuando median algunas cortas palabras entre el vigilante y los detenidos, y siempre son relativas al trabajo.

En medio del gran patio donde existen los diferentes locales de que hemos hablado está la máquina de vapor que lo pone todo en movimiento de un extremo al otro de los inmensos talleres, y que al mismo tiempo surte de agua todos los puntos de la casa. Esta máquina es de fuerza de doscientos caballos.

Es admirable ver el *finishing shop*, que es el sitio donde se concluyen los trabajos de los torneros de hierro, cobre y madera. En este punto de la casa se ejecutan trabajos sumamente perfectos y muy bien concluidos. Todo brilla allí por su limpieza. Desde un extremo á otro se observa la mayor simetría, y sin haberlo visto, no puede formarse una idea acerca de lo que este perfecto orden favorece los trabajos. Pero una cosa hay que bajo todos aspectos supera á cuanto sobre el *finishing shop* hemos dicho, y es la hilandería, ó mas bien las hilanderías, porque en ellas es tan fácil perderse, como en el antiguo laberinto. No puede imaginarse el cuadro vivo de los muchos trabajos, cuyas continuas lanzaderas están desde el amanecer hasta la noche produciendo un inimitable tic-tac. A la primera sala llega el algodón en fardos; de sala en sala va pasando por todos los cambios que se quiere, hasta que de la última sale hecho tela. La doblan en piezas, la prensan con la máquina hidráulica, la estampan y la venden. Cada una de estas salas tiene de largo doscientos cincuenta pies. Se necesitaría un libro para explicar detenidamente el complicado é inmenso trabajo de la Casa Amarilla. Cuando desde algo lejos vemos las blancas ondas de algodón que continuamente están cayendo de las

máquinas en las cajas de hoja de lata dispuestas para recogerlas, desde el grueso de un hilo hasta el de un bramante, segun la tela que se quiere hacer, juraríamos que estábamos viendo correr arroyos de leche.

Todas las máquinas, desde la mas insignificante hasta la de mayor importancia, están hecha en la casa bajo la direccion del principal ingeniero del establecimiento.

Despues de las hilanderías de algodón está el trabajo de la lana; mas adelante la tintorería, en seguida el blanqueo, junto al cual hay un inmenso depósito de agua que se renueva cuando se quiere. Todo lo que acabamos de mencionar está en las piezas del primer patio, como tambien los aposentos de que pronto hablaremos.

Desde allí se va á un segundo patio de inmensa estension. En medio de éste patio está el tejat, que es un cobertizo de grandes dimensiones, cuya techumbre sube ó baja, segun se quiere, por medio de cadenas y de un muy ingenioso mecanismo de hierro. Valiéndose de este recurso de abrir y cerrar cuando se quiere, tienen sol siempre que es conveniente y evitan la lluvia, si es perjudicial para el trabajo.

Vamos ahora á lo mas importante de todo por lo que mira á los detenidos.—Doscientos cuarenta son los calabozos ó mas bien los aposentos de la Casa Amarilla. Tienen como siete pies de altura, igual largo y una anchura como de la mitad. Están muy limpios, blanqueados muy frecuentemente con cal y tienen su puerta de hierro con una gran cerradura. Un barrote de hierro de bastante grueso une además, de un modo muy seguro tres puertas. Son ochentas estos barrotes, puesto que hay doscientos cuarenta aposentos y que cada barrote une tres aposentos. Las estremidades de estos barrotes quedan asegurados con enormes cadenas, cuando por la noche se cierran los aposentos de los detenidos.

Cada uno de estos, al levantarse por la mañana, saca su colchon y su cobertor y los coloca en una baranda que está frente á su aposento, el cual queda abierto durante todo el día, á fin de que entrando en él continuamente el aire, no se formen miasmas malsanos; ya anochecido, vuelve cada uno á colocar su cama, ciérranse las puertas y durante toda la noche reina profundísimo silencio.

Como medio de vigilancia general, hay en los patios, en los departamentos, en los talleres, en las puertas y en todas partes, centinelas con las condiciones requeridas para ejercer el cargo que se les confia. Estos centinelas están armados con un baston de lanza y con pistolas que llevan en los bolsillos. En cuanto á su vestir, no tienen regla ni uniforme. Además de estos centinelas interiores, hay centinelas fuera de la casa. En los terrenos deshabitados que rodean la prision, se encuentran de vez en cuando unas casitas, en cada una de las cuales está constantemente un hombre que lleva siempre consigo armas cargadas, y que tiene junto un fusil de dos tiros, cargado tambien. Todas las mañanas, á una hora fija, descargan sus armas estos centinelas exteriores, y vuelven inmediatamente á cargarlas, á fin de que la pólvora se esté siempre renovando. Estas descargas diarias prueban tambien á los presos que la vigilancia no falta. Cada uno de estos centinelas tiene en su casita un farol y un hogar para las largas y frias noches de invierno. Hay tambien una vigilancia oculta, que se ejerce sobre las visitas, las cuales casi todas ya lo saben. Desde que una persona de fuera entra en

la penitenciaria, la sigue uno y la observa desde lejos, á fin de impedir todo trato con los detenidos, á quienes espresamente se halla prohibido hablarles, sin tener antes la autorizacion del vigilante que va acompañando.

La sensacion con que nos hallamos afectados al salir de la Casa Amarilla, es de cierta tristeza fria, aunque no exenta de una especie de dignidad. Pero no es ese horror que muchas prisiones de Europa inspiran, horror que casi obliga á condenar á la sociedad, y que mueve á compasion en favor del preso, hasta el punto de que una fuga casi ocasiona placer. Cuando, por el contrario, hemos visto la penitenciaria de la actual capital de la Luisiana, nos hallamos poco dispuestos á censurar al jurado que condenó y á compadecer á aquellos á quienes su veredicto alcanzó... y si hay una fuga, si se mueve una sublevacion, todos los ciudadanos unánimemente están dispuestos á prestar toda clase de ayuda á la sociedad contra el evadido ó contra los sublevados.

A primera vista los presos no parecen ser sino trabajadores muy afables y tranquilos, laboriosos y entendidos en su trabajo, y por lo tanto, nada dignos de compasion; pero poco á poco, su absoluto silencio y la tranquilidad casi sepulcral que existe en aquellos espaciosos salones, dejan yertos el corazon y la inteligencia. Cuando, sobre todo, hemos visto los blancos y estrechos aposentos, donde solos y abandonados, entregados nada mas que á su imaginacion, pasan las largas horas del domingo y acaso diariamente muchas horas de la noche, nos reconcentramos á pesar nuestro en formales meditaciones, y hallamos digna esta venganza de la sociedad, que se abstiene de infligir al condenado mil pequeños tormentos, que no están escritos en el código, y que, castigando severamente por medio del aislamiento, se contenta con separar del mundo á los que no son dignos de vivir en él, y con sujetarlos á contínuo trabajo.

Hemos hablado acerca del modo como se cierran los calabozos todas las noches despues del trabajo, cuandolos detenidos quedan encerrados en sus aposentos. Primeramente hay una enorme y complicada cerradura, y despues un barrote transversal de hierro, que en cada extremo está sujeto con una fuerte cadena. La puerta es de hierro, y de gran espesor; sus goznes están muy asegurados en la pared, y no hay otra abertura. Ahora bien; á pesar de todas estas precauciones, el ingenio de un condenado logró hace algunos años abrirse paso por medio de tantos inconvenientes, sin ruido, sin escándalo y sin violencia. Esta milagrosa evasión en los momentos mas difíciles, durante la noche, vive todavía en la memoria de todos los habitantes de Batou-Rouge.

El hombre de que tratamos encontró el medio, y era absolutamente el único, de fabricar una especie de llave,—que positivamente no tiene compañera en el mundo,—la cual desde el interior del calabozo, en una hermosa noche, abrió, sin ruido y sin rechinar, la inmensa complicada cerradura. Quedaba el barrote de hierro; pero fué desprendido con silencio por medio de la separacion de una de las dos cadenas, y colocado en seguida en el suelo con un bramante. Entonces el preso se colocó en la puerta, salió tranquilo, confiado en su ingenio, tomó un baston y un sombrero de centinela nocturno, púsose un casaca, cogido como todo lo demás, en el cuelga-capas de la galería, y se fué muy sereno... para no volver mas. El valeroso hombre tuvo tambien la conciencia, y acaso el orgullo, de cerrar su calabozo y de

volver á colocar el barrote y la cadena, de modo que á todos hubo de parecer que, como un ser sobrenatural, habia desaparecido. En efecto, cuando á la mañana siguiente abrieron este aposento, como todos los demás, cuando en él no encontraron á nadie, sin descubrir la menor fractura, el menor rastro de lima, ni el mas leve deterioro de las paredes, del suelo ó del techo, lo primero que todos sintieron fué una enigmática admiracion hácia lo que el deseo de la libertad puede producir, aun en los hombres á quienes la sociedad ha arrojado de su seno. Y es de estrañar, y da motivo á muchas reflexiones, el que en algunas horas, al menos, nadie pensara en perseguir al fugitivo que recurriera á semejante medio de evasion. Pero cuando llegó el gefe de la penitenciaria, se tomaron providencias acerca de este particular. Tuvieron, sin embargo, tanta frialdad y vacilacion para perseguir al evadido, que no se logró el menor resultado, ni el mas mínimo indicio.

A los ocho dias de esta milagrosa fuga, recibió el director de la prision una carta y una llave.—Y decimos llave, porque no hay palabra para nombrar con propiedad el admirable y grosero instrumento que sirvió para abrir.

Hemos traducido del inglés aquella carta, y la ponemos aquí:

«Caballero: á pesar del crimen que me llevó á esa prision, á las veinte y cuatro horas de hallarme encerrado, sentí en mí tal deseo de ser bueno y de rehabilitarme, que en mis manos culpables cogí el peso de la justicia de Dios. En una balanza puse mi crimen, y en la otra mi arrepentimiento, y el motivo *ignorado* que me hizo cometer este crimen, además el firme propósito de una honradez eterna en lo sucesivo... y me resolví, ó mas bien, me perdoné en lo íntimo de mi conciencia. Entonces quise ser libre para ser honrado, y para complemento de espacion, puse mi vida como en prenda de mi libertad, y pedí á Dios que me hiciera parecer si yo no habia alcanzado ante El gracia, y que me salvara si me perdonaba. Despues de esta oracion, hecha en lo íntimo de mi alma, me sentí con valor para levantar el mundo, y me puse á la obra. Yo, caballero, nunca he sido mecánico ni tenido aficion alguna á la mecánica. Sin embargo, enmedio de los trabajos comunes, de los perpétuos centinelas, de impedimentos de toda especie, sin luz y casi sin instrumentos, he hecho la llave que le remito. Cuando despues de libertarme miré esa llave, me postré en tierra; por que no era obra de mis manos, sino mas bien un trabajo de Dios. Jamás podria yo volver á empezar una obra del mérito que esa, aun cuando tuviera todos los instrumentos y tiempo necesarios.

«Mi resolucion era el fugarme tranquilamente, sin ruido, sin armas, sin violencia, y así lo he hecho. Si hubiese sido descubierto, me hubiera dejado matar sin quejarme y sin oponer resistencia. Ahora, caballero, estoy ya libre, y vivo tan cierto de que solamente Dios me ha salvado, que me atrevo á creer que su omnipotente voluntad eternecerá el corazon de vd. cuando lea esta carta, y que no querrá usted abusar de la confianza que voy á hacerle.

«En este momento me encuentro en... con el nombre de...; estoy trabajando con honradez, y así lo verificaré toda mi vida.»

Con esta magnánima y santa temeridad del fugitivo, que revelaba su nombre y su asilo, el director de la penitenciaria conoció que las lágrimas brotaban en sus ojos, y

todo su ser quedó como inundado con las aguas de la caridad, derramadas desde el cielo.

—¡Ah! exclamó; ¡antes moriría yo que hacer traición á ese hombre!

Y arrojó á la lumbre la carta del condenado, á quien Dios había absuelto con su infinita misericordia.

SEGUNDO RAMILLETE PARA LA JUVENTUD.

Riqueza y pobreza.—La indigencia y la oscuridad producen la vigilancia, la economía, á veces el genio, y casi siempre la riqueza. Esta engendra la ociosidad, los placeres y la vanidad, que vuelven á encaminar á la indigencia.

No os quejéis mas de la sociedad, jóvenes, porque no la cambiareis nada. Por mas que clameis acerca de la suerte de los que beben buenos vinos y se casan con mugeres hermosas, no conseguireis que pase esta moda; no podeis evitar que cuando el rico y el pobre dicen su *Padre nuestro* por la mañana y piden al cielo su *pan cotidiano*, entiendan ambos por su pan cotidiano cosas muy desemejantes: el pobre habla literalmente: pide el pan de cada día, aunque sea pan moreno, pero pan para él y para su familia; el rico entiende por pan cotidiano toda especie de accesorios y los condimentos de todas las partes del mundo, que le regalan en gran manera el paladar.

Muchas veces he hablado acerca del número de metros que, *para no ser ridícula*, debe tener la hoja de higuera, tal como la han modificado las mugeres de estos tiempos; tambien os diré que ciertos hombres entienden por el pan cotidiano que piden, cierta cosa que se sirve tres veces al día en platos de porcelana pintada y dorada, mientras que San Macario de Alejandría solamente comia una hoja de col cruda todos los domingos.

A los que hoy repiten contra la sociedad y contra el presente siglo las lamentaciones que se encuentran en los libros antiguos, es preciso enseñarles el vestido de un jorobado. ¡Qué horroroso vestido! exclamarán. ¿Quién es el bárbaro que ha cortado y cosido semejante vestido? ¡Qué mal hecho está! Pero no... está hecho para el cuerpo y medida del jorobado; pues es menester que en alguna parte coloque el su joroba.

Perros y amigos.—Puesto que, segun todos convienen, el perro es el emblema del amor y de la amistad, es claro y evidente que en proporcion á que un hombre se acercare á este tipo, merecerá con mayor razon el título de amigo y de amante verdadero y sincero. Así, pues, el amor y la amistad son fecundos en contrariedades y en recriminaciones, pidiendo cada cual al otro, oro puro y sin mezcla, en cambio de cualquier mezcla de cobre, de manera que las mas veces, á escepcion de dos casos, esto es, si uno de los dos amigos es de la naturaleza del perro, ó lleva la domesticidad hasta la nobleza y el heroismo, ó si dos hombres ven en la amistad una alianza ofensiva y defensiva, que hace que cada uno reuna las fuerza de ambos en todas las circunstancias de la vida; á escepcion de estos dos casos, no hay entre los dos amigos sino uno que sea el amigo del otro. Cada cual quiere tener un amigo, pero nadie trata de ser este.

Nadie con mas razon que yo tiene derecho para decir la verdad á los amigos y á los perros. Durante diez años he pertenecido á un hermosísimo perro de Terranova; pues entre nosotros las relaciones ordinarias se hallaban trastrocadas: yo era sumiso, humilde y fiel como un perro; y él era caprichoso, extravagante é ingrato como un hombre. Yo era el amigo suyo. Ahora bien, despues de un vínculo de diez años intentó por dos veces devorarme, lo que me ha obligado á resumir nuestra amistad del modo siguiente: Primero, los perros no valen mas que los hombres; segundo, mi perro me queria como se quiere un bisteck.

Mas sobre el respeto á la edad.—DON ALFONSO EL SABIO, rey de Aragon, decia:—Entre tantas cosas por que los hombres se afanan, nada hay mejor que tener leña vieja para calentarse, vino viejo para beber, con amigos viejos ó con libros viejos; todo lo demás es fruslería.

Montaigne.—Es necesario socorrer y amparar á la vejez.

Chamfort.—M^{me}, conocidó por su práctica en el mundo, me decia:—Lo que principalmente me ha formado, es el haber sabido querer á mugeres de cuarenta años y escuchar á hombres de ochenta.

Fontenelle.—Teniendo yo ochenta años, me dí prisa para coger el abanico que habia dejado caer una joven bonita y mal educada. Me dió esta las gracias con gesto desdenoso:—¡Ah, señora! la dije, prodigais en extremo vuestros rigores.

Muchas veces he oido que se les echa en cara á los ancianos la dureza de su corazon. ¡Oh santa y material Providencia, qué perfectamente has hecho! ¡Ah! ¡cuántas personas he enterrado, á quienes amaba y admiraba!

¿Creeis que salimos completamente del cementerio, cuando acabamos de oir caer la tierra con ruido sordo sobre la sepultura de los que amamos? ¿Creeis que no se entierra con ellos nada de nosotros?

Si un anciano á cuyo alrededor la muerte ha formado una triste soledad, sintiera sus pérdidas como se sienten en la primera mitad de la vida, una edad avanzada seria el mas terrible castigo que la Providencia pudiera imponer al hombre.

Y sin embargo, al mismo tiempo que bendigo á esta Providencia por haber disminuido la sensibilidad de corazon de los ancianos, pienso que nada del mundo temeria yo tanto, si es que he de llegar á viejo, como el sentir menos dolorosamente la pérdida de mis queridos difuntos. Seria esto perderlos segunda vez en mi corazon, y algunos hay de quienes la muerte no me ha dejado sino un consuelo: la certeza de no consolarme jamás.

Modestia.—Bella invencion es la modestia. Hablo de la que imponemos á los demás.

Semejante invencion es debida á personas que, teniendo la certeza de no acometer nunca una accion útil ni hermosa, ni una buena obra, desearian ocultar el bien que los demás pueden hacer; del mismo modo que, hace algunos años, ciertas mugeres de grandes y feos piés idearon los vestidos demasiado largos, que ocultaran á un tiempo sus mencionados pies feos y grandes y los pequeños y combados de las demás mugeres. Los envidiosos y egoistas se empeñan en borrar y en ocultar el bien que otros hacen; pues se han dicho: «Nosotros no conseguiremos salir adelante si estas personas no nos ayudan; por lo que es ne-

cesario persuadirles que es mejor nodar pan á un pobre, que dejar ver que se le dà.—Es preciso hacerles creer, que el que ve á un hombre ahogarse, es infinitamente superior al que arriesga su vida por salvarlo, pero que no logra ocultar su acción, como se oculta un crimen. Además, si él se atreve á hablar de ello, es preciso decirle, que no solo ha echado á perder su acción, sino que se ha puesto en ridículo; por último, es necesario establecer que, entre todas las buenas acciones, es sin disputa la mas hermosa el ocultar su mérito. Observad, sin embargo, que estas personas justificadas participan de la flaqueza comun del género humano y no se hallan libres de vanidad, pero solamente están orgullosos por tener botas charoladas ó guantes amarillos ó por llevar el pelo rizado ó separado en medio de la frente con una raya perfecta, ó por agregar á su nombre un *de* clandestino; pero no consienten que un poeta ni un soldado estén orgullosos por un buen libro ó por un rasgo de valor.

Con motivo de la modestia, recuerdo este trozo de una oración fúnebre.

«... Y señores, si no veis aquí una muchedumbre de pobres, á quienes indudablemente el difunto socorria, es porque con arreglo al precepto, su mano izquierda ignoraba lo que hacia la derecha, y él les ocultaba sus beneficios probables.»

Quiero mejor la vanidad que lleva á un hombre á dividir sus bienes con los pobres y á distribuirles su comida, que la que consiste en ponerse el sombrero inclinado á la oreja para tener formidable aspecto.—Quiero mejor la vanidad que arroja á un hombre á las llamas para libertar á otro, que la que se contenta con tener con destreza colocado un lente entre el ojo y la nariz.

Alegría francesa.—Hoy, jóvenes, estoy triste: hablemos, por tanto, acerca de la alegría. El pueblo francés ha sido durante mucho tiempo un pueblo chistoso, alegre y frívolo, y aun conserva esta reputación; pues no hay geografía algo estensa donde no se le caracterice con aquellos tres epítetos. No se pasa un día sin que entre las ideas generales que suelen verse en las conversaciones, no haya un fáto que con jactancioso tono no diga: «Los franceses son frívolos,» procurando con su grave y severa actitud dar á entender á sus oyentes que él mismo se coloca en honrosa escepcion.

En efecto, el pueblo francés ha sido durante largo tiempo un pueblo frívolo y superficial; pero de cincuenta años á esta parte, tiene la pretension de colocarse y de pasar por pueblo formal, y se ocupa de asuntos graves. Riéndose y jugueteando era un pueblo grande, porque era necesario para el mundo, que no hubiera podido pasarse sin él. Era el copero universal: gustaba y ensayaba los usos y las ideas. Imponia en seguida á todos sus ideas, sus modas, sus sombreros, sus cintas y sus libros, y unas cosas tras otras se propagaban por todo el mundo y daban la ley. El pueblo francés era quien decidia si las mugeres del mundo civilizado llevarian aquel año la cintura por las caderas ó por debajo de los brazos, los cabellos largos ó cortos, lisos ó rizados, y si habia de haber frente ó no. Un día ordenaba que se tuviese la nariz remangada, y así se ejecutaba; queria que se trajera la cara como llena de obleas negras, y todos se ponian lunares. Escribia á todo el mundo: «Este año las mugeres serán de elevada estatura,» y se inventaban tacones altos. Decia: «Los hombres y las mugeres tendrán los cabe-

llos blancos,» y era menester llenarse de harina la cabeza. Otro día mandaba que entre la gente de alto tono hubiese cambio de cabello y que nadie llevase el suyo. Al momento las pelucas del siglo de Luis XIV se adoptaron en todas partes. Otra vez, todos debian ser rubios. Un día mandaba que no se viesen las piernas de los hombres, y desaparecia el calzon corto para que le sucediera el pantalon;—otro día, que las mugeres se pintasen de colorado el rostro; mas adelante, que estuviesen pálidas; despues que todos los hombres fueran míopes y llevaran gafas ó al menos un lente, etc. Todo se ejecutaba literalmente en todo el mundo.

Al mismo tiempo los franceses propagaban hermosos trabajos y grandes ideas, y aceptábanse mezcladas todas estas decisiones.

Y este pueblo frívolo dirigia despóticamente á todo el mundo, y este pueblo alegre obligaba á hacer todas las cosas formales.

Mas he aquí que un día, ya porque verdaderamente hubiese envejecido, ya porque le pareciera mal y enojoso oirse siempre llamar pueblo alegre y frívolo, se arrojó en brazos de la reforma y quiso ser formal.—Del mismo modo que las coquetas, sin quedarse en el término prudente, pasan del primer golpe á la gazmoñería, el pueblo francés se ha hecho de un salto melancólico y escrupuloso.

El francés, como nacido para la guerra, es hombre de acción. *No hay guerra sin soldado de las Galias*, decia Plauto:—*Nullum bellum sine milite gallo*.—Los romanos, dice Salustio, luchaban con los demas pueblos por la dominación, pero con los galos por su salvación: *pro dominatone, pro salute*.

Pero,—aparte de la guerra,—el francés debe ser un pueblo alegre y frívolo, que pierda toda su gracia y toda su influencia, queriendo tomar el aire ceñudo y activo. Además, le pasan tantas ideas por la cabeza, que cuando se pone á obrar, quiere aplicarlas todas, por contradictorias que sean, y se echa á dar vueltas, mas bien que á caminar hácia adelante.

Dejemos, pues, de disfrazarnos de hombres formales: de esta manera, sin conseguir cosa alguna, hemos perdido todas nuestras ventajas.—Inútilmente hemos adoptado para todas nuestras acciones el vestido de luto.—Vamos al entierro, á la boda y al baile con ropa negra;—solo falta que á los recién nacidos se les vista tambien de trage negro.

De nada sirve todo esto.—Renunciemos á semejante disfraz;—volvamos á tomar el papel que nos conviene y que desempeñamos perfectamente;—volved á ser, lindas jóvenes, las reinas de la moda, volved á empuñar, vosotros jóvenes, el cetro del ingenio:—cetro que no lo hay mejor,—porque es fuerte y florido como el tirso de Baco, el vencedor de la India.

Un verdadero joven.—Cierta oficial francés que presenciaba el ejercicio de fuego de un regimiento austriaco ó prusiano, se admiró de la armonía y precision de los tiradores.

—¿Qué tal? le dice el coronel de este regimiento, ¿qué le parece á vd.?

—Opino como muchísimos companeros míos: queremos rogar al ministro de la guerra que suprima en el ejército francés el uso de la pólvora, y que en adelante no se emplee sino la bayoneta.